

futuro que no será cambiado, bien porque estén fuera del alcance de nuestra voluntad o bien porque se hallen por debajo de su atención e interés.

X Siguiendo esta línea, podemos aproximarnos ahora al efecto FIP (futuro influyendo en el presente). ¿Por qué experimentaba mi amigo el doctor A una extraña excitación cuando recibía impersonales informes oficiales de la señora B, a la sazón completamente desconocida para él? Su consciencia en el tiempo Uno no sabía nada respecto a ella. No tuvo sueños procedentes del tiempo Dos. Pero en el tiempo Tres ya se habían enamorado y contraído matrimonio. Esta profunda relación, por alguna razón que no puedo ofrecer, no era una posibilidad, sino una certidumbre, aunque solo en aquella parte más remota de su ser—si se me permite la frase—implicado en el tiempo Tres, incapaz de comunicar nada que no fuese ese extraño sentimiento de excitación a su consciencia en el tiempo Uno.

Se trata, sin duda, de un caso excepcional, pero lo que no es raro en absoluto, al menos en mi experiencia, es un estado de ánimo súbita e inexplicablemente iluminado o entenebrecido por sentimientos, llegados al parecer de ninguna parte y sin la menor relación con lo que estamos haciendo, pensando, sintiendo, en nuestra existencia del tiempo Uno. Esto último exige justamente la mayor parte de nuestra atención, pero no debemos incurrir en el error de dar por supuesto que lo inexplicable en función del tiempo Uno no es nada. Puede que sea algo muy importante, como la excitación que experimentaba el doctor A, las lejanas trompetas que anunciaban la relación más compensadora de su existencia. Consideraríamos necio al hombre que insistiera en enfrentarse con su experiencia en el tiempo Uno con los ojos entornados y taponados los oídos. Pero no seríamos mucho más inteligentes si, para demostrar una teoría demasiado estrecha, tratásemos de mantener cerradas nuestras mentes a lo que pudiera serles revelado en los tiempos Dos y Tres. De este modo podríamos empobrecer nuestra experiencia, tanto a este lado de la tumba como más allá de la misma.

Recientemente he recibido de Italia algunos materiales, basados en los hallazgos y teorizaciones de un reducido y modernista grupo de psicólogos médicos. Ello me ha devuelto

un término muy usado antes de la primera guerra mundial, cuando empecé yo a leer y discutir tales materias, término que desde entonces he visto u oído raras veces: lo «superconsciente». Según esta teoría, el ego y su campo de consciencia ocupan un lugar intermedio entre lo inconsciente, personal o colectivo, y lo superconsciente, fuente de nuestros más nobles sentimientos, intuiciones e inspiraciones, genio, iluminación y éxtasis.

Y si relacionamos esta división con nuestro sistema temporal aquí, podríamos decir que el ego y su campo de consciencia pertenecen al tiempo Uno, lo inconsciente al tiempo Dos, lo superconsciente al tiempo Tres. Mas debemos recordar que no hay compartimentos separados ni divisiones exactas, y que vivimos, incluso aquí y ahora, en los tres tiempos. Y esto sigue siendo cierto incluso con respecto a esas personas que niegan la posibilidad de toda experiencia fuera del tiempo Uno. Sin embargo, puede que no siempre sea cierto, porque, si insistimos en desheredarnos a nosotros mismos, los hombres pueden convertirse a la postre en autómatas o esclavos del tiempo Uno.

⑤ He dicho que vamos más allá de la tumba. Pero, en cierto sentido y estrictamente hablando, no es así. En realidad, ha sido la idea de una existencia en el tiempo Uno, persistiendo después de la muerte, la que ha provocado tanto mal. Ha contribuido a crear algunas de las fantasías más terribles que jamás se hayan conocido, con los espíritus de los pieles rojas difuntos llegando a los sótanos del sur de Londres, para establecer comunicaciones entre este mundo y el otro. Ha repugnado de tal modo a muchas gentes, que proclaman con pasión que, mucho antes de que el médico haya firmado su certificado, estaremos muertos sin remedio. La verdad es que nos inclinamos a la inmodestia en ambas de nuestras pretensiones y negativas: o vivimos eternamente o perecemos con el último latido de nuestro corazón. No somos semidioses ni tampoco ganado.

No podemos ir más allá de la tumba en el tiempo Uno. Al morir, llegamos al final de nuestra porción de tiempo Uno. El cerebro cesa de procurarnos más información, porque deja de funcionar, muriendo con el cuerpo que lo albergó. Hemos de despedirnos del tiempo cronológico del mundo. Nos salimos de la

historia: *Cumpliste tu tarea en el mundo, desapareció tu hogar y también tu salario.*

Pero, ¿dónde está el hogar y cuál es nuestro salario? En función de nuestro argumento, podemos decir que el hogar es nuestra continuada existencia en el tiempo Dos y que nuestro salario, para que lo gastemos en esa existencia, es nuestra experiencia total en el tiempo Uno. Esto tiene un término lo mismo que tuvo un principio en el tiempo Uno; trotamos por esa línea del mundo, hasta que aparece la muerte como un término; pero en el tiempo Dos nunca hemos realizado ese viaje, y, como hemos visto, jamás hemos sido limitados por sus condiciones. Puede que a la postre nos espere cierta clase de muerte en el tiempo Dos, pero desde luego no es la muerte familiar del tiempo Uno. A esta la sobrevivimos, porque nuestra consciencia nunca ha estado contenida en el tiempo Uno.

Y está por completo fuera de lugar objetar que no tenemos pruebas visibles que demuestren esa supervivencia. El tiempo Dos, en el cual sobrevivimos, no funciona en el departamento de las pruebas visibles. Yo no puedo llevar ese «sentimiento estético», una experiencia del tiempo Dos, a un laboratorio para que lo pesen y lo midan. El momento más significativo y extático que he conocido en mi vida ocurrió en un sueño, no precognoscitivo, sino profundamente simbólico, un sueño que alteró todo mi punto de vista. Y, sin embargo, tengo al respecto menos pruebas visibles que con relación a un leve resfriado o a una uña rota.

Nuestro mundo del tiempo Dos, en el cual sobrevivimos, tiene como cimientos nuestra experiencia total en el tiempo Uno. Ahora bien: no puede negarse, porque ha sido demostrado una y otra vez, que el cerebro actúa como un maravilloso instrumento registrador, almacenando de algún modo y en alguna parte una impresión exacta de cada momento de nuestra existencia, algo completamente distinto, en su brillante proximidad, de lo que puede recuperarse por la memoria ordinaria. (En estado hipnótico o bajo la presión emocional de un drástico análisis, hombres y mujeres de edad mediana se han convertido de repente en niños de dos años, destructores y chillando enfurecidos.) Cuáles son las relaciones que existen entre este estupendo almacén cerebral y la mente o consciencia y lo inconsciente, es algo



Miniatura de un manuscrito francés del siglo XV, que muestra a Dios recibiendo el alma de un moribundo. La mayoría de las personas de la sociedad cristiana de Occidente, que creen en una vida eterna después de la muerte, no la ven como una «clase de tiempo» diferente, sino como una extensión infinita de su existencia en el tiempo que pasa.